

Nunca estarás solo

Verónica Guanche



Ojos Verdes Ediciones

*Dedicado a todos los que han estado a mi lado
mientras escribía esta historia, brindándome apoyo,
aconsejándome y dándome su opinión más sincera.
Especialmente dedicado a Lucas, cuyo apoyo fue
determinante para poder realizar este sueño, y sin
el cual esta historia jamás hubiera visto la luz.*

Cualquier otra persona pensaría, si leyera esto, que estoy completamente loca. Otras me tacharían de crédula, ilusa y demasiado imaginativa. Y desde luego, pocos podrían llegar a comprender esta emoción, pues pocos son los que, como yo, no solo creemos en ellos, sino que, lejos de sentir pánico, adoramos estos momentos y los buscamos, felices de encontrarnos con lo desconocido.

Sumario

INTRODUCCIÓN	11
PRIMERA PARTE: <i>DESEOS</i>	23
SEGUNDA PARTE: <i>OBSESIÓN</i>	93
TERCERA PARTE: <i>PERSUASIÓN</i>	225
CUARTA PARTE: <i>LOCURA</i>	441
QUINTA PARTE: <i>DESTRUCCIÓN</i>	591
EPÍLOGO	661

Penitenciaría de Auburn, Nueva York.

En la actualidad.

Se encontraba sentado en el borde de la cama, como todos los días a esa hora. En sus manos arrugadas y llenas de las manchas de la edad, sostenía una pequeña biblia que estaba leyendo, de tapas negras y ya algo ajada por el tiempo. Todo a su alrededor estaba limpio y ordenado, aunque dentro de la celda no había gran cosa. Su pelo gris estaba peinado hacia atrás, ocultando a la vista los claros que ya empezaban a emerger en su coronilla.

Estaba bien rasurado. Siempre había pensado que no se podía confiar en las personas que ocultaban su rostro detrás de una barba, pues lo veía como un símbolo de los secretos que se quieren ocultar a los demás. Para él, se trataba de personas mentirosas y mal intencionadas. Ésta era una de las pocas creencias que aún pervivían en su cabeza y, por tanto, una de las pocas cosas a las que aún podía aferrarse.

Su rostro estaba surcado de arrugas prematuras, y se veía consumido y más viejo de lo que realmente era. Unas extrañas cicatrices recorrían su rostro y sus brazos, marcas que él mismo se había producido a lo largo de los años. El mono naranja, impoluto y sin una sola arruga, ocultaba parcialmente las de los brazos. El único adorno que ostentaba era su nombre, sobre el bolsillo delantero y a la altura del pecho: Feschner, A.

Ese día era su cumpleaños, pero, para él, eso era un recuerdo lejano, ya casi olvidado por la bruma del tiempo. Era un día más en el que debía mantenerse alerta, mentalmente ágil y lúcido. Tenía el aspecto de un hombre derrotado, muerto en vida, y tan solo sus ojos color avellana mostraban aún

esa pequeña chispa de inteligencia y persistencia que antaño le definía, pero que ahora era tan solo una sombra a punto de extinguirse.

Adam...

Las manos se le contrajeron con fuerza, aferrando la biblia que sostenía, y su respiración empezó a acelerarse, acompañada de un leve movimiento de balanceo. Inició una lectura más intensa de las páginas que tenía delante, con la esperanza de que los susurros se difuminaran en el aire y desaparecieran. A veces lo lograba y podía gozar de algunas horas de paz, en soledad.

Otras veces, se le hacía imposible resistirse a ellas. Era entonces cuando los guardias de la prisión tenían que intervenir, la mayoría de las veces de forma violenta, y pasaba algunos días encerrado en una celda especial para prisioneros agresivos, totalmente aislado. Aunque ellos no entendían que Adam nunca estaba solo.

Adam... ¡Adam! Hoy vamos a verla, Adam. ¿No te hace ilusión? ¿Presionar con tus manos ese cuello tan elegante, Adam? ¿Morder esas hermosas mejillas hasta que la sangre corra por su cuerpo? ¡Ah! ¿Sentir el dulce sabor de la sangre en tu boca!

—Cállate, no sé de qué me hablas.

Su voz sonó seca y cascada. No solía utilizarla muy a menudo. Tampoco se relacionaba con el resto de prisioneros y apenas salía de aquella celda en la que llevaba viviendo tanto tiempo. Muchos le tenían miedo (incluso algunos de los guardias) y nadie se atrevía a acercarse a él más de lo necesario. Unos le tachaban de loco, y otros, de poseído, pero ni siquiera el propio Adam sabría decir cuál de las dos ideas era la verdadera.

La risa de su eterno compañero, que se había vuelto estridente, se desvaneció ante los pasos que se escuchaban en

el pasillo, y tras su puerta apareció el rostro de uno de los guardias del sector. Tras él, se apelotonaban tres guardias más, que parecían estar a punto de salir corriendo de puro terror.

El primero conocía bien al prisionero. Podría haber sido un hombre apuesto, de no ser por la horrible marca de dientes que lucía en la mejilla izquierda. Adam observó la cicatriz con tristeza y también algo de culpabilidad. Se la había producido él mismo, años atrás, en una de sus crisis violentas. Así pues, se podía comprender que Tom no le tuviera mucho aprecio.

—Levanta. Tienes visita —dijo con tono brusco.

—¿Yo? No lo creo.

—¿Es que ahora estás sordo o qué? Levántate de esa puta cama ahora mismo, si no quieres que saque la porra. Extiende los brazos y más te vale no hacer ningún movimiento o te dejo sin dientes, maldito loco de mierda, ¿me oyes?

Adam, que no había recibido visitas desde su segunda semana en la cárcel, hacía ya tanto tiempo, se levantó intrigado y con dificultad mientras guardaba su preciada biblia en el bolsillo del mono, cerca de su corazón. Extendió sus brazos a través de la abertura de la puerta que Tom acababa de abrir, y esperó a que le pusieran las esposas.

Muérdete la otra mejilla, vamos, estará mucho más apuesto, le harás un gran favor. Él mismo lo está deseando, ¿es que no lo ves?

Adam cerró los ojos y respiró profundo, intentando evadirse de aquella voz melosa y tan convincente, que siempre estaba con él. Las esposas estaban frías y pesaban, pero le gustaba sentir las en la piel, pues le ayudaba a mantener la locura a raya, a mantenerse anclado en la realidad, y a recordar que a veces oía y veía cosas que no eran reales.

También le pusieron unos bonitos grilletos en los pies, tras abrir la puerta. En esta ocasión, fue uno de los tres

guardias que acompañaban a Tom, mientras que éste vigilaba a Adam con la mano en la porra, deseando que le diera un solo motivo para usarla. Adam no podía recriminárselo.

—Tom, eres un hombre valiente por seguir entrando aquí.

—Cállate, gilipollas, y camina delante de mí. A la mínima, te llevas una descarga de la *taser* y te mando a enfermería, ¿entendido?

Con la *taser* apoyada en sus costillas, salieron de la zona de máxima seguridad y continuaron por otro pasillo en dirección a la sala de visitas. Los prisioneros de las celdas por las que pasaban lo miraban con curiosidad o con temor. Todos habían oído hablar de él, aunque pocos lo habían visto. Pero la mayoría había escuchado sus gritos, y tenían como testimonio las múltiples heridas que lucían muchos de los guardias que habían pasado por aquel sector. La mayoría acababa pidiendo el traslado y todos sabían que era a causa de aquel extraño hombre.

Uno de los presos se persignó cuando Adam pasó por delante de su celda, y la risa de su compañero incansable reapareció.

¿Has visto cómo te reverencian, Adam? Eres como un Dios para ellos. Temen que descargues tu ira y los aplastes a todos como a las miserables cucarachas que son.

Adam apretó los labios e intentó concentrar su mente en la identidad del misterioso visitante. No tenía la menor idea de quién podía ser, después de tantos años. La última visita, al poco tiempo de ingresar en la cárcel, había sido de su suegra, una mujer que lo había odiado desde el primer día en que lo conoció, y que tan solo había ido hasta allí para asegurarle que movería cielo y tierra para reabrir el caso y que haría lo que fuera para que lo condenaran a muerte,

como se merecía. Y él no había podido culparla nunca por sus palabras. Pero, por primera vez en mucho tiempo, sentía curiosidad (capacidad que pensaba que había perdido), y esto le ayudó a mantener a raya a su pequeño infierno personal.

La sala de visitas se componía de una serie de mesas de metal distribuidas por la habitación, pero no fue allí donde lo llevaron.

«Soy demasiado peligroso», supuso con un leve aleteo de los labios.

Lo condujeron al fondo de la sala, donde había un cubículo que se abría hacia fuera con un amplio cristal reforzado, y que se dividía en dos por medio de una malla de acero. Había una mujer esperando en el de la derecha, de pie y de espaldas al cristal. Al ver su silueta, el corazón de Adam saltó en su pecho. Su postura tenía algo que le resultaba familiar y algo dentro de él se agitó, nervioso.

Lo condujeron hacia la puerta de la izquierda y, cuando la abrieron, la mujer se volvió. Por un momento, su corazón se detuvo, mientras aquella mujer tan hermosa lo escrutaba con sus ojos color avellana.

El guardia empujó a Adam hacia el interior y cerró la puerta.

—Cuando quiera irse, pulse el botón de su izquierda, señora —dijo Tom por el interfono.

Adam se había quedado sin aliento. Por un instante, pensó que la mujer que se encontraba delante de él era su esposa, pero sabía que eso no podía ser. Se parecía demasiado a su madre, a excepción de sus ojos y del pelo, que llevaba muy corto y rizado.

—Karen —fue lo único que pudo pronunciar, mientras una sensación de mareo amenazaba con hacerlo caer al suelo.

—Hola, papá.

Durante un momento, ninguno de los dos supo qué decir, observándose el uno al otro, de pie, y con mil y un recuerdos amontonándose entre ambos. Recuerdos felices, pero también dolorosos.

¿No estás ilusionado, Adam? ¡Muérdele el cuello y báñate en su sangre mientras esté caliente!

—¡Lárgate! ¡Ya!

—¿Quieres que me vaya?

—¡No! No, tú no. Quédate, por favor. Hace mucho tiempo que... que no nos vemos. Por favor, siéntate.

Karen, confusa por la actitud de su padre, se sentó en el borde de la silla, algo insegura. Estaba muy tensa y se arrepentía de haber venido. Llevaba meses posponiendo ese momento y ahora estaba segura de que debería haberlo dejado pasar. No tenía ningún sentido haber ido hasta allí. Además, por más que lo observaba, ya no podía ver a su padre en aquel hombre que la miraba casi con avidez.

Ella recordaba que era un hombre fuerte, seguro de sí mismo, cabezota. Pero la persona que estaba allí sentada, delante de ella, con esos ojos febriles y con pinta de loco, ya no era aquel hombre de su infancia. Era alguien enfermo. Su padre había dejado de existir hacía mucho, y ahora, solo era un cascarón lleno de locura.

—Estás horrible.

Inmediatamente se arrepintió de decir aquellas palabras. ¿Cómo podía tener tan poco tacto? Sin embargo, a Adam pareció divertirle el comentario e insinuó una leve sonrisa, que reanimó por unos segundos las facciones de su cara. Fue como si una sombra instalada delante de su rostro por mucho tiempo, y que le impedía ver con claridad, se hubiera apartado a un lado, para luego volver al mismo sitio.